Forzados a seguir el camino.

Capítulo 1

"Circulo vicioso que no deja otra opción"

En una tierra antigua, en la vasta extensión del desierto, había un grupo de peregrinos que caminaban juntos bajo un cielo de fuego y arena. Ellos eran los Hijos de Kedar, descendientes de una tribu que una vez conoció la libertad, pero ahora, generación tras generación, se hallaban atrapados en un ciclo de luchas y aflicciones. Eran hombres y mujeres de esperanza inquebrantable, pero también de corazones cansados, pues parecía que el mismo destino los perseguía desde tiempos inmemoriales.

Los Hijos de Kedar no eran muchos. Algunos habían sido pastores, otros artesanos, y unos pocos guerreros, pero todos compartían un mismo anhelo: encontrar un lugar de paz, un lugar donde pudieran descansar y dejar de caminar en círculos por el desierto. Sin embargo, cada vez que parecía que se acercaban a un oasis, el viento levantaba una tormenta de arena, ocultando el camino, y los llevaba de regreso al punto de partida. Los ancianos del grupo recordaban relatos de sus antepasados, que también vagaron y sufrieron de la misma manera, como si estuvieran malditos a repetir siempre los mismos errores, a enfrentar las mismas pruebas, a sufrir las mismas pérdidas.

Una y otra vez, los Hijos de Kedar se organizaban para buscar una salida de aquel círculo de tormentos. Cada uno en su corazón sentía que la respuesta debía estar cerca, pero ninguna estrategia ni oración parecía romper el ciclo. Todos querían algo más que la desesperanza, pero el camino se cerraba, siempre, frente a sus pies.

Una noche, bajo el cielo estrellado, Jarel, el líder del grupo, se reunió con los ancianos en la tienda central. Sus rostros arrugados estaban marcados por el cansancio de años, pero en sus ojos aún ardía una chispa de fe. “Hemos intentado todo lo que sabemos”, dijo Jarel, “y sin embargo, aquí estamos de nuevo, en este círculo de arena. ¿Qué más podemos hacer?”

Uno de los ancianos, Raam, con voz temblorosa, habló: “Hemos caminado en círculos porque hemos repetido los mismos caminos. Hemos orado por liberación, pero no hemos visto nuestros propios pecados. Tal vez, nuestro círculo no es de arena, sino de orgullo, temor y falta de arrepentimiento verdadero. Estamos atrapados porque no hemos cambiado dentro de nosotros mismos”.

Las palabras de Raam resonaron en el corazón de los presentes. ¿Podría ser que el círculo vicioso no fuera solo una maldición externa, sino una cadena que ellos mismos habían forjado con sus acciones y actitudes? El grupo de ancianos se miró entre sí, entendiendo lo que Raam sugería. Habían buscado la libertad solo fuera de ellos, pero el verdadero

cambio debía empezar en lo profundo de sus almas.

Los días siguientes fueron diferentes. Ya no solo oraban por una salida del desierto físico, sino por la transformación de sus corazones. Se confrontaron unos a otros, confesaron sus fallos, sus miedos, y su amargura. Lentamente, el grupo comenzó a cambiar. Y aunque los caminos del desierto seguían siendo difíciles, algo dentro de ellos empezó a quebrarse: el ciclo de rencores no confesados, el orgullo silencioso, la falta de perdón.

Una mañana, mientras el sol comenzaba a elevarse sobre las dunas, una joven del grupo, Denaia, vio a lo lejos un brillo distinto. Parecía un espejismo, pero a medida que se acercaba, todos comenzaron a

notar lo mismo: era un oasis. No una simple fuente de agua, sino una tierra fértil, un lugar que parecía haber estado oculto todo este tiempo.

Jarel se acercó, cayendo de rodillas frente a aquel oasis, comprendiendo que no solo habían encontrado un lugar de reposo físico, sino que su propio interior había sido renovado. El ciclo se había roto no por la fuerza de sus pies, sino por la entrega de sus corazones.

El círculo vicioso que los había atormentado por generaciones no era solo un desierto externo, sino uno interno. Y ahora, al final de su largo peregrinaje, comprendieron que la verdadera lucha nunca había sido solo con la arena y el viento, sino con las sombras dentro de ellos mismos.

Y en esa nueva tierra, los Hijos de Kedar hallaron paz, no porque el desierto había desaparecido, sino porque ellos habían aprendido a caminarlo con corazones redimidos.